

sora; por donde quiera sonaban gritos de muerte, aullidos de venganza, y un sordo tropel como de huracán desatado ó desbordada marea lo llenaba todo con su creciente oleada; era que miles de pies hollaban el parapeto; que millares de hombres corrían por la brecha como tromba desencadenada; que los infantes de Pavía entraban á la bayoneta, ciegos, frenéticos, arrollándolo todo.

Un grupo de soldados, poseídos del vértigo de la matanza, asomó por el negro agujero donde yacían Frasquito y Mercedes; por un momento pareció que sus bayonetas ensangrentadas y hambrientas iban á cebarse en los cuerpos de los novios... Pero no; los vencedores retrocedieron un paso y se les vió volver las caras, como poseídos de emoción y respeto: lo que habían visto podía más que el furor de la victoria; ¡era el amor y la muerte!; y pasaron.

En un momento de postrera lucidez, el moribundo se llevó la mano sana al pecho, arrancó de él un escapulario empapado en sangre (todos aquellos *herejes* llevaban el suyo), y dijo á Mercedes:—¡Toma... para mi... madre... y... y...—la extrema agonía cortaba su voz estertorosa; pero aún quería hablar, se obstinaba en decir algo—y... dile... dile—acabó haciendo un supremo esfuerzo—que... maldita sea... la República! — Y espiró sin haber sospechado lo que era.

CUENTOS VARIOS

EL SALVADOR

I

Hallábame convaleciente de enfermedad gravísima, que me tuvo al borde del sepulcro, y el bueno del doctor Mediano se esforzaba por distraerme, contándome historias que parecían hechas de encargo para alborotar mi sistema nervioso y mi sensibilidad, fuerzas tan desencadenadas entonces que amenazaban acabar con mi endeble y, á la sazón, demacradísima persona. Pero el viejo Galeno creía que á las niñas anémicas y románticas—para él cuanto no fuese animalidad era romanticismo—había que curarlas por el sistema homeopático, *similia similibus*... Y lo mejor del caso estaba en que aquel tremendo materialista era un poeta inconsciente; así, después de arrellanarse junto á mi butaca, empezando por carraspear y liar un cigarrillo de papel higiénico, me atizaba cuentos ó sucedidos, que de todo en todo contradecían sus teorías, como éste que á la letra reproduzco:

“Hacia 1868 duraba aún en Sevilla la costumbre de poner á los cadáveres de cuerpo pre-

sente en las salas bajas y ante una ventana que diese á la calle, abierta de par en par, á fin de que cuantos pasasen pudieran ver al difunto, descubrirse ante él, y, si fueren piadosos, rezarle, y si no, *hacerle las honras*, como acá decían. Corrientes de cultura y de libertad han ido desterrando esa vieja usanza, á nombre del respeto debido á los muertos, á quienes se exponía, como en escaparate, á la curiosidad profana, y con frecuencia á las burlas y groserías del vulgacho. Y es que tal costumbre, hecha para tiempos de fanatismo en que todo repetía el desesperante *morir habemus* de los cartujos, resultaba impracticable en estos días, en que el pueblo ha perdido el miedo á los muertos, y las clases educadas han cobrado, con razón, *asco* á esos espectáculos, que ya se nos dan de sobra en la vida, sin que vayamos á buscarlos. Y en efecto, eso de pasar uno por la calle y encontrarse, á deshora, ante una ventana que le mostraba, quieras que no, la pavorosa capilla, con su muerto tieso y lívido, ¡vamos!, eso era una salvajada que ponía los pelos de punta, alteraba la digestión, crispaba los nervios, y con frecuencia ofendía la vista, con pormenores de *Morgue*, y el olfato, con emanaciones nauseabundas y, sobre todo, antihigiénicas. Así, á nombre de la salubridad, del progreso y aun del *ornato* público, debía desaparecer, y desapareció felizmente aquel resto de barbarie mística, bueno para los tiempos de *Mañaras* y *Tenorios*, para la época en que á los disolutos se les aparecía su propio entierro á la vuelta de una esquina, si ya no se animaban las estatuas para sermonearles y

convidarlos á cenar; para los días en que el pueblo español, metido á teólogo, se regodeaba con los *autos sacramentales*, y veía sin bascas los *pueriles* de Valdés Leal, como veían entonces entusiasmadas las gentes de todo el mundo los cuadros de santos despellejados, los *juicios finales* ó los *trunfos de la muerte*.

Pero... ¿ahora? ¡Para pensar en la muerte están los tiempos! El que quiere á la muerte, la tiene cuando se le antoja en el cañón de su revólver, ó se la compra á precio módico en un frasquito de láudano, ó, más barata, en un par de cajas de cerillas de Cascante, ó la busca de un salto desde un tercer piso á las piedras de la calle. Pero al que no la busca, ni la necesita, ni quiere acordarse de ella, ¿para qué métersela por los ojos?"

Un furioso golpe de tos cortó la palabra al pobre doctor asmático; y mientras él tosía, bebía y se serenaba, por mi débil cabeza de enferma cruzaban silenciosamente pálidas ideas, empapadas sin duda en la efusiva ternura de los convalecientes, y que se guardaban muy mucho de exponerse á las profanas miradas del médico. Aquellas ideitas femeninas iban y venían desde este material y efímero á otros mundos que empiezan donde el presente acaba, y cuya vida suprasensible y prestigiosa se filtra, á pesar nuestro, en esta complicada máquina de nuestro ser, mucho más de lo que piensan y sienten los doctores Medianos. En virtud de aquellas ideitas mujeriles—en nosotras todo es chiquito y limitado, hasta las ideas—pensaba yo que no era todo prosa é insalubridad en aquella vieja costumbre de que

abominaba el doctor, y hasta se me ocurría que atesoraba intensa belleza romántica—á título de bellezas románticas se perdonan todavía las sublimidades cristianas—aquella práctica piadosa, que lo fue, como la representación de los *autos*, mientras hubo almas creyentes, y se volvió profanación desde que las almas se profanizaron.

Pero mi doctor, repuesto de su ataque, reanudaba el cuento que anunció como interesante, y yo me volví toda oídos y curiosidad impaciente.

* *

—Ustedes recordarán á mi pobre amigo y discípulo Pepe Águilas—empezó, yo no podía recordarle, mi madre sí, y asintió con la cabeza.—Pues bien, Pepito Águilas era un buen muchacho, y hubiera sido un médico perfecto, á no adolecer, como la niña de ustedes, del achaque del romanticismo. Pero, en fin, él se era como Dios, ó quien fuere, le hizo, y tal como era, yo le quería como á hijo; así, lo que voy á contar me llega tan á lo vivo, que... ustedes me perdonarán si, contradiciéndome á mí propio, cayera en romanticismo al remover memorias que están como empapadas en él.

Era, como dije antes, en 1868, una mañana de las primeras de nuestro Abril sevillano, todavía frescas, pero ya claras, floridas y tan tempranas, que á las cuatro amanece; y no había hueco de fachada ni pretil de azotea sin su golpe de macetas reventando de claveles, jacintos y lirios... y digo esto porque importa á mi cuento,

no por meterme en dibujos. Como Pepillo era tan estudioso, pasábase las noches de claro en claro sobre los libros; pero cuando asomaba el sol los ojos, envolviase en la pañosa, como estudiante bohemio, y se iba por esas calles de Dios á ver *despertarse la ciudad*, como él decía; cosa á la cual maldita la gracia que le veo; pero Águilas era así, nació más para poeta que para médico, y si me aprietan, diré que casi tenía vocación de cura, de misionero ó cosa tal, según vivía entre contemplaciones y soledades.

Esta mañana á que me refero, el demonio le tentó con la idea de meterse por uno de sus barrios favoritos, los alrededores del Alcázar, allá por la *Plaza de Doña Elvira*, calles de la *Gloria*, del *Ataúd*, de la *Susona*... en fin, lo más mohoso, asombrado y feo, y para él lo más *poético* de Sevilla.

Justamente en una de esas calles que he dicho, no sé si en la de la *Gloria* ó en la del *Ataúd*, había una ventana baja abierta, y tras de su reja, en una sala colgada de paños blancos y ante un altar donde entre luces y flores se alzaba una imagen de la Purísima, metida ya en su ataúd blanco, puesto sobre una mesa y levantado por la cabecera, veíase á una muchacha que había muerto aquella madrugada.

Pepe Águilas sintióse atraído por el brillo de las luces y el perfume de las flores, primero; y después, por la juventud y belleza de la muchacha, ¡que eso sí, era preciosa! y quizás también por la influencia que ejerce en nosotros ese lujo teatral de que suelen rodear á los muertos. Y ¡claro está! que eso tiene su belleza... especial; pero en fin, que el espectáculo de la juven-

tud, la muerte, las flores frescas, las gasas y los tules vaporosos, y el influjo que las mañanas de Abril ejercen sobre el organismo, todo ello determinó en Pepe una de aquellas alucinaciones poéticas que él padecía, y así; en vez de haber mirado y pasado de largo como hubiese hecho cualquiera, Pepe ¡no señor! se agarró á los hierros de la reja y allí se quedó como arrodado y traspuesto.

Verdad es que la muerta estaba hermosísima; se parecía á la Santa Cecilia yacente que yo ví en Roma, y confieso á ustedes que, á pesar de mi incredulidad religiosa, me gustó más que la Venus de Milo. Quizás porque yo lo veo todo con ojos de médico y la robusta diosa del Louvre no pertenece á mis dominios, mientras que la blanca muerta romana, tendida sobre la losa sepulcral, que á mí se me antojaba losa clínica, parecíame, no estatua, un cadáver, el cadáver mismo de la mártir patricia, contraído por el último espasmo de su agonizar de tres días; pero sereno, virginal, suavísimo... con la frente hincada en la arrollada toca, la mortal herida abierta en el cuello de nieve, y la tronchada cabeza á medio segar como una rosa temprana... ¡Sí, sí, no me mire usted niña, ya sé que estoy haciendo poesía! Pero no es que yo la hago, es que ella sale y mana por los poros de ciertos asuntos... ¡y aquella Santa Cecilia de Roma! En fin, yo comprendería que esos locos que se enamoran de una estatua, se enamorasen de aquella virgencita de alabastro.

Ello es que la muerta de mi historia se parecía como una perla á otra, á la Santa Cecilia del *Trastévere*, y Pepe Águilas se quedó extá-

tico delante de aquella belleza blanca, exangüe, mística, sideral. Si les digo á ustedes que lo que allí pasó daba asunto para un cuadro, para un poema, ó para una novela, ¡qué sé yo!

Con la cabeza pegada á la reja, el sombrero caído atrás, los rizos negros revueltos sobre la frente, sudoroso y desemblantado estaba el mocito, cuando yo, que venía de mi casa, acerté á pasar por allí, por ser aquél mi obligado camino y la hora de emprender mis visitas. ¿Qué haces ahí, visionario?—le digo, dándole una palmadita en el hombro.—¡Capáz serías de enamorarte de una muerta!

—Déjeme usted de bromas, D. Pedro—me contestó secamente y sin apartar los ojos del cadáver.

—Pero... ¿qué diablos te pasa? Anda, vente conmigo.

—Mire usted esa muerta.

—Ya la miro, ¿y qué?

—Observe usted esa epidermis, las alas de esa nariz, la inclinación de esa cabeza, las curvas movidas y la coloración ténue de esos labios.

—¡Hombre de Dios! Yo no veo en ese cuerpo más que la abolición absoluta de toda función y apariencia vital, la expresión inconfundible que imprimen á la fisonomía inanimada la depresión de los músculos, la retracción de la piel, la vacuidad capilar, la amarillez cérea... ¡la muerte!

—¡No, y mil veces no! Esa epidermis está pálida como la de los catalépticos, pero no muerta; esos párpados están caídos, pero con leve tendencia á la revulsión, á la titilación nerviosa; las alas de esa nariz, la posición de esa cabeza, la curvatura de esos labios... todo tradu-

BIBLIOTECA DE NUEVA LEON
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO REYES
 Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

ce una vaga determinación de la voluntad... todo tiende á buscar aire, á respirar... ¡todo respira! Además... yo he creído ver... ¡yo he visto ciertos movimientos!

—Bien sabes que después de la muerte se observan movimientos aparentemente espontáneos; bien sabes que el establecimiento de la rigidez muscular no difiere esencialmente de la contracción fisiológica que...

—Recuerde usted los extraños fenómenos catalepticos, *la inervación de estabilidad*, la muerte aparente... ¡sí, sí, yo veo, yo percibo la vida bajo esa máscara cadavérica!

Créanme ustedes, señoras, yo no veía ni el más remoto indicio de vida en aquel cuerpo; pero Pepillo era un genio, un iluminado, un santo ó un *medium*, y si no veía tales cosas, las presentía ó las husmeaba... ¡qué sé yo! Lo cierto fue que, después de pasarme allí largo rato desojándome de mirar y sin ver nada más sino una muerta, tan muerta como mi abuela; convencido de que me las había con un loco rematado y que no lograría apartarle de allí, por evitar escándalos, corté discusiones y eché calle adelante, dejándome clavado en la reja. ¡Nunca lo hiciera, porque mi presencia hubiese salvado á aquel pobre mártir, y seguramente también...! Pero no anticipemos los sucesos.

Tomaré el relato desde el punto de mi marcha, y procuraré recordar hasta las mismas palabras que empleaba mi pobre Pepillo cuando me lo contaba con angustia mortal, y yo ¡bruto de mí! no le creía. Pero... ¿Quién había de creerle?

Al formidable ateo se le llenaron los ojos de lágrimas, y protestando de que no era él, sino Pepe Águilas, quien hablaba ahora, reanudó así la narración.

III

Cuando dobló usted la esquina de la calle, D. Pedro de mi alma, yo empezaba á dudar de mí mismo; sentía que mis pulsaciones se aceleraban con alarmante crecimiento febril, y comenzaba á creermme presa de una alucinación; pero mi conciencia afirmaba cuanto vieron mis ojos: los de la muerta habían pestañeado levemente más de una vez, y sus labios habíanse estremecido como hojas de blancas rosas movidas por levísimo soplo; eso yo lo ví, ó estaba loco. Y este horrible dilema comenzó á pasar delante de mí, como extraña rueda de luz y sombra. ¿Es verdad ó mentira? ¿Pienso ó deliro? ¿Veó ó sueño? Luchando con estas angustiosas dudas, ví de improviso que la muerta volvió á pestañear levemente: entonces mi duda se convirtió en indescriptible tormento.

Una voz dentro de mí gritaba:—¡La muerta pestañea, respira á veces, está viva, y si no acudes instantáneamente á salvarla, serás un asesino!—Y otra voz íntima respondía:—No se mueve, no respira, es que sueñas; que el insomnio determina en tí una alucinación morbosa.—Y la otra voz:—Todo ese tiempo que pierdas en dudas lo gana la muerte, y si no te apresuras á socorrer á esa desgraciada, la catalepsia se empalmará con el sueño eterno.—¿Pero

no ves que médico tan experto como D. Pedro asegura que ese cadáver no guarda ni resto de vida? ¿No lo ves inmóvil, rígido, estatuario?— ¿Pero no la has visto por tus ojos pestañear, moverse? ¿Dejarás que se muera sin auxilio, médico sin conciencia? ¿Consentirás en que la entierren viva?—¡Horror! ¡Voy, voy!—gritaba mi voluntad atajando el afanoso diálogo, y la otra voz me clavaba á la ventana con estas recriminaciones:—¡Loco de remate! ¿por una falsa ilusión vas á atreverte á llamar á esa puerta, á perturbar á esa familia brindándole con una esperanza que, si resultase fallida, engendraría catástrofes ciertas? Esa joven muerta tendrá madre... ¿sabes lo que significa dejar entrever á una madre la posibilidad de que la hija que lloraba muerta no lo esté?—Y la otra voz insinuaba:—Pero si tiene madre y logras devolverle á su hija, ¡qué dicha, qué triunfo, qué gloria igual á tu gloria de médico!—Reflexiona que esa criatura en su enfermedad habrá tenido asistencia facultativa, á juzgar por el aspecto de la casa, asistencia buena, y piensa que si cuando el médico de cabecera la dió por muerta te aventuras tú, sin certidumbre, á darla por viva, te creas un formidable enemigo, el cual, si como es de creer te equivocas, te escupirá á la cara y arrastrará tu prestigio médico por el lodo de las calles... y entonces, ¡adiós carrera, adiós reputación, adiós esperanzas de tu vida y sustento de tu madre!—Pero... ¿qué, te atreves á dudar? ¡egoísta! ¡Tú que te creías sacerdote de la ciencia encargado de proteger con tu mano la llama sagrada de la vida, cuando percibes su fulgor á través de ese divino cuerpo,

serás capaz de abandonar cobardemente á esa víctima indefensa al más bárbaro de los suplicios, al de ser enterrada viva! ¿Y con semejante duda podrás vivir, dormir, ni amar, ni respirar libremente?—Piensa que tu crédito de médico es tu dignidad, que si perdieses la dignidad no vivirías, y si dejases de vivir, ¿qué sería de tu pobre madre?—Pero si tu madre, tan cristiana, viera tu duda, ¿qué había de aconsejarte, sino que lo arrostrases todo antes que perder esa vida, y acaso ese alma, ya que la desesperación de verse sepultada viva pudiera determinar una espantosa rebeldía en ese pobre sér?—Pero ¿vive? ¡Si está muerta, Dios mío!

De pronto, las negras pestañas que bordeaban los párpados de cuajada cera tililaron imperceptiblemente, y Pepe Águilas, movido del impulso irresistible que lleva á los mártires á arrostrar la befa del vulgo y la muerte con escarnio, se lanzó hacia el zaguán de la casa.

La reja, según costumbre en las casas mortuorias, estaba solamente entornada, y en los ángulos del patio ardían altos blandones, cuya amarilla luz caía sobre las macetas de flores, acaso cuidadas por la muerta. Pepe empujó la puerta de la fúnebre estancia; entre sus batientes y las colgaduras blancas que vestían las paredes yacía acurrucado un viejo servidor de la funeraria, uno de esos cuervos humanos que ventean la muerte y se alimentan de ella. El vejete quiso cerrar el paso á Águilas, pero éste le cortó los vuelos con una moneda, y adelantándose resueltamente cerró la ventana, ante

la cual—gracias á lo apartado del sitio y á lo temprano de la hora—no había nadie.

—Toma más dinero—dijo al funerario, alargándole un centén isabelino;—si me traes á escape, volando, ¿entiendes? sinapismos de la botica, y de la cocina agua hirviendo en frascos de Ginebra ó botellas de cristal, ó, si no hubiese agua, planchas calientes; si me traes todo eso, te doblo la propina; si no me lo traes, ¡ay de tí! ¡Ah, oye: pero si hablas palabra de mí ó de lo que te encargo, te mato! El viejo huyó desparovido como alimaña asustada. Pepillo tiró á un rincón fieltro y capa, separó afanosamente los montones de rosas húmedas que cubrían el cuerpo virginal, y rodeándolo con sus brazos con femenina blandura y religioso respeto lo incorporó suavemente, apoyando la fría cabeza en su hombro izquierdo, mientras con la mano derecha doblaba la almohada, hundida en el ataúd, para que éste se convirtiese en lecho. Teniendo contra su rostro el rostro de la muerta parecióle sentir una expiración, tan leve, que era como el conato de un aliento. Rápidamente levantó con sus manos temblorosas la inánime cabeza, y con el calor de su pecho, con el de su aliento, con el de sus labios que apoyó castamente en su frente glacial, intentó reanimarla. De improviso, la ténue ráfaga de aliento se hizo suspiro; los pálidos labios temblaron; los párpados céreos se entreabrieron; las cuajadas pupilas se aclararon, vivieron un instante, y Pepe vió la divina estatua animarse, y la vaga mirada, impregnada en misterio, flotar indecisa unos segundos en la penumbra que se para la vida de la muerte. ¡Qué momento de es-

peranza y de fascinación para aquel romántico! Después... el seno virginal se levantó por tres veces, los labios exhalaban tres débiles expiraciones, y la cabeza de la niña, envuelta otra vez en la serenidad suprema, cayó pesadamente sobre el brazo del médico, que, aterrado, loco de dolor, intentó nuevamente reanimarla con el calor de su pecho y de sus labios.

De pronto la puerta se abrió con brutal sacudida y un joven, lívido de rabia, descompuesto hasta la demencia, se precipitó hacia Águilas:—¡Infame!—gritó ronco de ira.—¿Qué viene usted á hacer aquí? ¿Ni con qué derecho se atreve á tocar el cadáver de la que debió ser mi esposa? En aquel momento terrible, Pepe creyó reconocer en el prometido de la muerta á un grande amigo suyo, pero lo veía como vemos en sueños á los muertos queridos, como si algo sobrenatural se interpusiera entre ellos y nosotros, y sus ojos volvieron á clavarse ávidamente en el inanimado semblante de la niña. Toda su curiosidad de sabio, su piedad de hombre, su crédito, su gloria, su vida, quizás su razón, estaban pendientes del fugitivo rayo de vida que había visto alborear en aquel gélido rostro; si reaparecía, estaba salvado; si no reaparecía, perdido para siempre. Y lo terrible lo trágico, lo desolador era que el estatuario cuerpo no presentaba ya ni el más remoto signo de vida.

—¡Miserable!—rugió frenético ya el novio de la muerta oprimiendo brutalmente el brazo de Águilas.—¿Qué hace usted aquí?—¡Salvarla, reanimarla, devolverla el calor y la vida!—¿La vida?... ¡Qué sarcasmo!—¡La vida, sí, porque yo

la he visto pestañear, respirar, abrir los ojos y mirarme!—¡Já, já, já!—rió histéricamente el novio.—¡Este hombre está haciendo burla de mi desgracia! ¡Que se lleven á este desdichado loco!

A todo esto íbase juntando gente, porque el miserable vejete funerario que dió el soplo al novio había ido propalando la noticia, que cundió como fuego por reguero de pólvora, y el patio hervía en curiosos, y el llorar y el gemir de los dolientes estallaba en la casa alta con redobladas explosiones; oíanse voces y estrépito de lucha y forcejeo de varias personas que trataban de contener á otras en lo alto de la escalera. Allí luchaban con amigos y criados el padre de la muerta, empeñado en ir á lanzarse sobre el impostor, y la madre, que se asía desesperadamente á la impostura y quería bajar á ver la resurrección de su hija.—¡Vive, vive!—gritaba la desolada señora.—¡El corazón me dice que vive! ¡Milagro de la Virgen! ¡Soltadme, soltadme, quiero verla!—¡Fuera, dejadme pasar, que yo lo mato!—voceaba furibundo el padre.

El patio, el zaguán, las escaleras, la calle, todo rebosaba de curiosos, y sobre aquella encrepada marea viva flotaban como notas dominantes dos palabras terribles, símbolo de aquel conflicto: ¡Muerta! ¡Loco! y todos se oprimían y se estrujaban por ver al loco y á la muerta.

Y Pepe oía aquel escarnio de su razón, y como viese el semblante de la niña inundarse de creciente serenidad, de esa imponente rigidez cadavérica que es mecánica prolongación

de la algidez agónica, cuanto más muerta la veía más seguro estaba de pasar por loco, y aquella calumniosa y trágica apariencia amenazaba derrocar su firme razón. Agobiado, más bajo el peso de la fatalidad que le condenaba, que bajo la presión y amenaza del prometido de la muerta, habíala abandonado de entre sus brazos, los cuales, como invadidos del eterno hielo del no sér, cayeron lacios é inertes á lo largo de su cuerpo. Calumniado, escarnecido, arrojado ignominiosamente de aquella casa, denostado de la plebe y sintiendo sumergirse bajo las olas turbias de la difamación su porvenir, su nombre, su personalidad legal y humana, anulada bajo la terrible acusación de demencia arrojada contra él por tantas bocas á un tiempo y seguro de que no le quedaba medio humano de reivindicar su razón, retiróse el pobre Pepe bajo la soez rechifla de la gentuza y llegó á su casa poseído de fiero acceso de desesperación que todos ¡yo mismo! confundimos con la locura.

Pero ¿y la pobre madre?... Aquello partía el corazón; ella fue la única que no dudó de la razón de su hijo. ¡Ah!... porque, á todo esto, no he dicho que el médico de cabecera, el que había certificado la defunción de la muchacha, el eminente doctor Morales, quiso matar al pobre Pepe, y si no le mató fue por haberse convencido de su locura. Y no hubo ni una sola persona en Sevilla que no le tuviese por rematado... es decir, sí hubo una, ya lo he dicho, su madre. La desgraciada pasó un verdadero Calvario viendo menguar, día por día, la salud y las energías mentales de su hijo, á quien minaba una cruel

pasión de ánimo que todos teníamos por demencia pacífica, viendo decrecer los escasos ahorros del médico, ya sin enfermos, sin nombre, sin acción ni para salir de su casa, donde se confinó huyendo la mofa de las gentes ó su compasión fisgona y humillante. Allí, hundido en su sillón de vaqueta, con los brazos enclavados en los del mueble y la vista perdida en el espacio ó siniestramente fija en algún punto de su despacho de sabio, donde el polvo invadía libros, aparatos é instrumentos quirúrgicos y donde la fría soledad y pavorosa quietud remedaban la paz del sepulcro. Allí, sentado ante una ventana que daba al jardín abandonado, perdida la mirada, ausente el espíritu, se consumía el sinventura de dolor resignado pero mortal, mientras su santa madre moríase calladamente viéndole morir á él en aquel lento, irremediable suplicio.

V

Cinco años llevaba Pepe de agonía moral, que degeneró en anemia incurable por haber roído el dolor todas las fibras de aquel organismo, cuando falleció la madre de la muerta de mi historia. Y entonces ocurrió una cosa horrenda, terrorífica, que no puedo contar con voz serena. Levantada la losa del panteón familiar para enterrar á la difunta, hallaron el cadáver de su hija crispado en las convulsiones de una agonía frenética, durante la cual había hecho saltar con fuerza de demente las bisagras y cerraduras del ataúd, destrozado con sus manos

las tablas y arrancándose, á jirones, la blanca mortaja.

El terror de los testigos de aquella aparición macabra fue indescriptible. Pasados los primeros momentos de espanto, en todos los labios sonó unánimemente un nombre, el nombre del calumniado mártir que había intentado la salvación de aquella mil veces desventurada víctima.

¡Pepe Águilas! ¡Pepe Águilas! Era el nombre que flotaba sobre la escena de reacción tumultuosa que sucedió al estupor de aquel descubrimiento. — ¡Pepe Águilas tenía razón! — Pepe Águilas es un sabio. — ¡Un genio! — ¡Ya lo decía yo! — Nunca me convencí de que estuviese muerta. — ¡Qué injusta ha sido la opinión con ese desdichado! — ¡Si es un sabio! — ¡Un héroe! — ¡Un mártir! — ¡Un santo! — ¡Qué rehabilitación le espera! — ¡Yo quiero ser el primero en llevarle la noticia! — ¡Todos estamos obligados á ello! — ¡Qué triunfo va á ser el suyo! — ¡Hay que echar las campanas á vuelo! — ¡Un banquete! — Y luego ¡á la prensa! — Pero... ¿qué ha sido del doctor Morales? — ¡Ignorante más hinchado! — Hizo bien en irse, porque si se queda escapa mal...
.....

Y los mismos que lo crucificaron fueron á llevarle las palmas y olivas en aquella invertida historia de la Pasión del Justo.

Inundóse la casa de amigos, todos leales, todos *invariables*, todos profetas, que siempre le habían compadecido y comprendido y adivinado; que eran *los mismos de siempre* — sólo en esto decían verdad! — Y quitándose unos á otros la palabra, entre abrazos y palmaditas dadas

ya en el esqueleto del pobre amigo, contáronle *el hecho*, "¡la irrecusable realidad que con elocuencia avasalladora—esto lo decía un abogado reciente—salía de la tumba á reivindicar al calumniado sabio, al noble mártir, al escarnecido salvador de aquella trágica víctima de la obcecación y de la ignorancia!"

Pero á todo esto, el pobre *salvador* había palidecido mortalmente; aquel cuerpo era ya demasiado frágil para contener emociones tan intensas, y tras de una convulsión, un espasmo y tres colapsos prolongados, el pobre de Pepe Águilas espiró en medio de sus generosos rehabilitadores. Todos afirmaron que le mató la alegría de su triunfo...; á mí nadie me saca de los sesos la idea de que le asesinó la noticia del trágico fin de la niña cataléptica... Para mí, el desgraciado se enamoró de aquella muerta, empeñándose en salvarla como si se tratase de un ideal. Pero... para los pobres idealistas llega siempre la rehabilitación cuando el ideal ha perecido... Quizás no me crean ustedes; pero... yo, que me río de lo bajo y de lo alto, ¡desde aquel día ya no me río de los poetas!

EL SABOR DE LA VIDA

A Fr. Francisco Blanco García.

¿Quién había de decirme que al cabo de diez años de no saber ni del santo de su nombre, y nada menos que en el Lido, en la gentil lengua de tierra amurallada que separa del Adriático las lagunas de Venecia, y en la deliciosa terraza del Restaurant de los Baños, había de encontrarme á aquel perdido de Mario Siles, que salió de Sevilla con lo puesto, convertido en el más correcto *gentleman*, en el más refinado turista imaginable?

Elo sí, Mario fue siempre listo, flexible, dúctil como pocos; però haragán, maleante, indisciplinable como el que más. Español de pura sangre, hábil para todo, útil para nada; ó, como dicen en mi tierra: *maestro de todos oficios y oficial de maldita la cosa*. Emprendió con igual entusiasmo y facilidad tres carreras, leyes, medicina é ingeniería, y con el mismo entusiasmo y facilidad las dejó todas sin haber llegado en ninguna al tercer curso.

Al abandonar la última carrera, y convencido de que su vocación, su ardiente y apasiona-